

El Super-yo y la Pulsión Invocante

Del objeto voz y de la voz del analista

(Por Rodrigo Echalecu)

En el seminario *La Angustia*, Lacan nos propone un esquema donde escribe lo que él denominó *las especies del objeto a*, que no son otra cosa que los distintos objetos de la pulsión: oral-anal-fálico-invocante-escópico. Curiosamente, escribe al Super-Yo en el lugar que le corresponde al objeto Voz. (J. Lacan, Seminario La angustia, clase del 19 de Junio del '63).

¿Podemos extraer algo de esa enseñanza? ¿Por qué escribe al Super-Yo en ese lugar?

En la experiencia del análisis presenciamos asiduamente que la voz del Super-Yo no se “apaga” en ciertas presentaciones, manifestándose como voz inhorrible, que determina, que alimenta un ardor en el sujeto que indefectiblemente tiene que ver con el goce pulsional, en ocasiones articulado a un síntoma obsesivo, aunque bien sabemos que el Super-Yo no es patrimonio exclusivo de este tipo de síntomas neuróticos. Tormento de la voz, mandatos super yoicos, anudados a imperativos que lo llevan tanto a Freud como a Lacan a servirse de la lectura kantiana para circunscribirlo y transmitirlo.

La dirección de la cura tendrá que ver, en estos casos, con el propiciar la horadación de la voz, tornar posible que se abra, que se quiebre para que resuene, para que vibre allí otra cosa. Es decir, el deseo del analista torna posible que se agujeree esa trama de voz fijada, propiciando la caída del objeto invocante super yoico, tornándolo objeto voz causa de deseo, vibrando en la voz del analista la resonancia que deja colar la falta. Lacan acude al sonido del shofar cuando formaliza el objeto voz, instrumento de viento, musical, antiquísimo, que se fabrica vaciando un cuerno de carnero, determinando efectos resonantes que acompañan el rito en ciertas ceremonias de la tradición judía, por ejemplo.

¿Cómo es que se ubica allí la voz del analista? La posición de semblante de *a* que supone, tendrá que ver, a su vez, con el propiciar la resonancia incalculada de su propia voz de una manera particularísima en ciertos momentos transferenciales tormentosos, donde lo que se juega tiene que ver con el corte propio de la realidad sexual. El corte no será otra cosa que el corte con el objeto, con la cosa expulsada pero reencontrada en el fantasma.

El tránsito por un análisis posibilitará ir escribiendo operaciones de corte, pasando por los cinco objetos que Lacan enumera. No cualquier zona erógena circunscribe determinado goce sino las de intercambio con el Otro. Y la voz ocupa allí un lugar central. Eso es de lo que se compone el fantasma, de objetos *a* que aluden a lo real del goce y a lo simbólico del deseo. Habrá que leerlo en transferencia.

Según se trate de un analizante o de otro, es un hecho de experiencia que se constata: sucede que el analista se sorprende ubicando la voz de manera diversa, con un halo particular en ocasiones. En otros casos resulta distinto, la voz del analista sorprende enfatizando otros matices. Merece ser considerado, a su vez, cuando el analizante plantea que la voz del analista se torna ella misma super yoica. Es importante allí situar lo fantasmático del analizante, pero también en ocasiones invita al analista a preguntarse por su posición respecto de la cura, es

decir, sería de esperar que no se encuentre identificado a la voz paterna portada en el fantasma del analizante.

Autorizados en el esquema planteado por Lacan, tensando un poco más la cuerda, podríamos preguntarnos si la pulsión invocante necesariamente se presenta en la clínica como voz del Super-Yo. Dejando en esta oportunidad de lado la voz injuriante propia del psicótico, específica de la alucinación auditiva que no responde a la estructura del Super-Yo como en las neurosis, ¿cómo se presenta esta especie del objeto en otras estructuras como la histeria, la fobia e incluso en las neurosis narcisistas?

Lacan plantea, en la clase citada, que “la fase más profunda del Super-Yo tiene que ver con la voz”. ¿A qué puede referirse con esto? No podría tratarse, en este punto, de la trama simbólica que se juega en el Edipo ni de la incorporación de su ley respectiva, a la que Freud se refirió planteando al “Super-Yo como heredero del complejo de Edipo”, vertiente simbólica del Super-Yo que encuentra su enlace con la conciencia moral de la que también testimonia la clínica. Más bien se trata de algo “más profundo”, dice Lacan, aludiendo al padre primordial, al padre del goce, instancia pre-simbólica de la voz, resto vivo del padre no metaforizable que Freud aborda a partir del Mito de la Horda primitiva. Ese padre del goce vocifera en los síntomas neuróticos en general, lo encontramos en la famosa *perêversión* lacaniana, la que alude a los pecados del padre y que le permite a Lacan hacer un juego homofónico en la lengua francesa con la perversión: *perê*-versión/*per*-versión. Es decir que el padre resulta ser no solo el portavoz de la ley sino también que en su voz se cuelga una versión del padre que tiene que ver con el goce, con la perversión, lo cual no quiere decir que el padre sea perverso.

Entiendo que Lacan, cuando ubica en su grafo al objeto voz como Super-Yo se está refiriendo a ello. No es propio de un tipo clínico particular sino más bien de la estofa neurótica en general. Lo cual no quiere decir que el Super-Yo, como dijimos, no tome otras vertientes más articuladas a la ley y a lo simbólico, las que no tienen nada que ver con la presencia de la voz como especie del objeto.

rodrigoechalecu@yahoo.com.ar